

Turbocrónicas

MARCO AURELIO CARBALLO

Encuentros con el maestro Henestrosa

Escuché por primera vez el nombre de Andrés Henestrosa por mi padre. Es decir cuando me ordenó conseguirle la “novela” titulada El retrato de mi madre. Yo tenía menos de veinte años de edad y estaba despidiéndome de él porque minutos después viajaría desde el Soconusco hasta el DF a estudiar una carrera profesional, a exigencias de mi padre. Pasaron los años y en ese tiempo visitaba más a menudo las librerías de la gran urbe que la tierra. Varias veces mi padre preguntó por la novela. Estaba agotada y yo exhausto de recorrer las librerías en su búsqueda. Cuando hice la prueba de ingreso a un periódico metropolitano, entrevisté a Henestrosa en su oficina del centro. Era un despacho pequeño, lleno de libros y de legajos de papeles oxidados por el tiempo. Mi entrevista giraría en torno a su dualidad de político y de escritor. Él prefería ser político, intuía.

Acaso por aquella decepción abandoné obnubilado la oficina y eso me impidió preguntarle por Retrato de mi madre. Había perdido la oportunidad de conseguirle un ejemplar a mi padre. Pero como mi padre y yo no nos llevábamos bien... Bueno quien no se lleva con él soy yo y él no se da por enterado. Papá hubiera sido buen político. Se las mientan y les dan de periodicazos y ellos no acusan recibo.

Después encontré al maestro Henestrosa en la ciudad de Oaxaca durante la presentación de un libro de la pintora Martha Chapa. Nos pusimos a platicar en un rincón. Él era muy sencillo. Don Andrés me presentó a un muchacho llama-

do Hugo o Ugo. El veinteañero dijo soy Hugo pero sin hache. ¿Cómo es eso?, le pregunté, intrigado. ¿Al estilo italiano? Él se había pasado media vida diciendo que su nombre era Ugo, contó, pero ahora iba a pasarse el resto de la vida recuperando esa hache. Al maestro Henestrosa le vi una sonrisa cómplice. No le pregunté si él tenía que ver con aquella recuperación. Era evidente.

Tardé años en leer sus libros pero no sus artículos. Primero porque no hallaba la obra y segundo porque en el subconsciente yo no quería cumplir la orden de mi padre. Además el maestro Henestrosa era una figura controvertida en el medio periodístico y político. Pero iba a mantenerme al margen hasta no leer sus libros. Había dejado de escribir porque algo le pasaba en la muñeca, supe al leer sus artículos, cuando reanudó sus colaboraciones. Un detalle extraño. Después quisieron asaltarlo, escribió, pero los malandrines le perdonaron la cartera, al identificarlo, al darse cuenta de quién se trataba. Lo mismo le había sucedido a Camilo José Cela en España. Qué coincidencia, me dije. Pero le creí porque si la idea de una historia se te ocurre en América Latina como en Europa, ¿por qué no también el episodio de un asalto? Cela hizo ficción, sospecho, y a Henestrosa le ocurrió en la realidad. Después le leí que se había inclinado hacia la política porque siendo gobernador hubiera podido hacer mucho por Oaxaca. Es cierto. Pero nunca sabremos si lo recordarían tanto como a Benito Juárez. Aunque tengo la certeza de que su obra saldrá del purgatorio, y será redescubierto en el 2030, o antes, por los lectores nacidos en estas fechas.

A su muerte, lo primero que pensé fue en releerlo. Por fin había conseguido meses atrás el libro en cuyas páginas viene su remembranza, no novela, Retrato de mi madre, editado por

el Fondo de Cultura Económica. Se lo llevé a mi padre. En el trayecto leí el libro. Su apellido Henestrosa no es el del papá, descubrí, pero eso no importa sino el relato, que me gustó. Trata de sus primeros años en Ixhuatán y de su viaje al DF. Cuando le di el ejemplar a mi padre, con su memoria de insecto, no me dijo nada sobre la espera de seis sexenios. Tomó el libro entre sus manos y lo abrió luego de un vistazo fugaz a la portada. El volumen trae impresa una foto de tehuana en las primeras páginas. Mi padre, nacido en un suburbio de Tehuantepec, en Mixtequilla, murmuró, qué hermoso traje... Coño, me dije, vaya tipo tan superficial.

Por qué escribo lo que escribo

Tienes razón, tío. Pero hay argumentos para justificarme, no para desmentirte ante una obviedad tan evidente. ¿Por qué escribo lo que escribo? Según mis cálculos, basado en el sistema de Alfredo Lamont, creo que uso diez por ciento de la imaginación y noventa por ciento de realidad. Incluso a veces recreo, no creo. Lamont escribió que 13.5 por ciento de las mexicanas perdían la virginidad en el sofá de casa. La casa de la chica no la de Lamont. Leonardo Dajandra ya había dicho por interpósita persona que yo carecía de capacidad ficcionante (sic). Para Dajandra, sospecho (no imagino), uso tres por ciento de la imaginación, no diez. Preocupado por el tema hace cinco sexenios resolví ocuparme. Estaba en una alberca de Acapulco. Ahí resolví ponerme a prueba. ¿Tenía o no tenía imaginación? Supuse que sí al recordar mi relato “La tarde anaranjada”. En la medida que soñaba despierto ¿por qué no iba a tener imaginación? Pregunta y respuesta elementales. Pero no los sueños que uno sueña dormido. Cualquiera sueña. Incluso escribí el relato de un tipo desprovisto de sueños. Está publicado.

Soñaba despierto “envasarme” a una chica. Pegarle al gordo... No a ti, a la Lotería. Aún no había Melate. Soñaba con escribir la novela que me permitiera vivir con las regalías de cien millón de ejemplares sin dar golpe en el periodismo. Haz la cuenta. Obtendría diez por ciento del total para vivir a la orilla de una alberca, sin exprimirme las meninges en la vana preocupación de si tengo o no capacidad ficcionante. Pero sí

bebiendo cerveza y vodka, o champaña, y leyendo a pasto. El caso es que, desde aquella piscina, descubrí a una capitana mandona, como deben ser. Al día siguiente escribí un relato inventado del todo. Lo publiqué. Concluí en que sí tengo imaginación. No desahorada. Regular. Si no, hubiera soñado con vender mil millones de ejemplares. ¿Para qué preocuparme? García Márquez ha dicho que no tiene imaginación. Seguiré ajustando cuentas, decidí y, cuando termine, echaré mano de la imaginación y escribiré la novela gracias a la cual beberé champaña en tal cantidad como para terminar, de pies a cabeza, con un color achampañado. Podría incluso escribir el relato: “El tipo de color champaña”.

Así que me dispuse con mayores ganas a lo del ajuste de cuentas, nomás con dos entidades, mi padre y la realidad circundante. Calculé que ese ajuste concluiría cuando mi padre muriera. Todavía no sucede. Con veintitantos hijos, al pobre le va de la patada. El ajuste de cuentas con la realidad terminará cuando yo muera. He escrito ya el mamotreto del último ajuste de cuentas con mi progenitor. Falta el remate. Debo haberle hecho unas veintitantas revisiones. Morir de periodismo lleva casi cincuenta. Revisar significa redondear y apastillar. El último mamotreto de ajuste de cuentas lo dejé aparcado en vein-



Aida Emart

titantas revisiones con unas quinientas cuartillas. La reduciré, apastillando, a trescientas.

De golpe, luego de leer el primer capítulo de Tokio blues, de Haruki Murakami, tuve la epifanía, dirían los petulantes, de escribir lo que hasta ahora llamo Cuando el horizonte retrocede, de trescientas cincuenta páginas. Trata de los dos primeros años de mi estancia en la Casa Excélsior. Es decir, de mi entrada a Últimas Noticias y enseguida a Excélsior. Fue tal el impulso que experimenté con Tokio blues que puse el mamotreto en cuyas páginas ajusto cuentas definitivas con mi padre. No lo conseguí del todo porque se atravesó la realidad de Barbaria, mi pueblo, y en esas páginas hago ajustes mitad y mitad, calculo. Así que ahí hago el último intento de ese ajuste. Sabré en qué medida lo conseguí cuando termine las treinta o cincuenta revisiones, y lo publique. Desde luego, antes, mi odiado-querido padre tendrá que estirar la pata. O yo.

Los molinos depredadores

Había pensado en escribir un mamotreto de mi paso por Excélsior. Estaba “envasándome” a una chica veracruzana estudiante de periodismo cuando alguien me habló de la redacción. El traidor había censurado una plana de denuncia sobre el inminente golpe. Hice a un lado a la chica y sin calce- tines me puse unos zapatos chinos, usados en casa, y salí pitando, como si fuera Bruce Lee en El último dragón. Ese podía ser el comienzo de tal mamotreto, pero como dejas entrever tu desprecio, tío, porque mi alter ego se envase a las chicas de su agrado y como ya te conté el posible comienzo, menos ganas siento de escribir sobre mi sexenio en Excélsior, descontando los dos primeros en Últimas Noticias recreados en Cuando el horizonte retrocede. Quizá ni lo escriba. Me vale ya un diputado. No lo descarto, pero necesitare eso de la epifanía. Para mí el gran reto fue la entrada a la Casa Excélsior. El ajuste de cuentas me obsesionaba. Cada vez más. Aprendía a escribir para eso. Sigo aprendiendo... No soporto la realidad por el padre que tuve. Tampoco soy un lerdo. Ése fue el comienzo.

Años después David Martín del Campo soltó esta frase: Algunos escritores empiezan escribiendo ficción y terminan

escribiendo de sí mismos, y otros lo hacen al revés. En promedio eran como nueve o diez mamotretos en ambos casos, dijo. Quién sabe de dónde tomó los datos. No lo reporté, distraído pensando en que yo era de los últimos: primero lo autobiográfico. Siguió distrayéndome el hecho de que, a mi regreso de España, hice un plan para teclear nueve novelas, porque los tramos de mi vida eran justo esos, nueve. Luego, recurriendo a mi escasa imaginación, escribí que me había inspirado en las nueve sinfonías de Beethoven. Lo confirmé al leer la frase: “Lo que no es autobiográfico es academia”, de Ortega y Gasset. De quienes escriben en primera persona, noventa y siete por ciento aceptan el consejo del maestro o del editor para cambiarle a la tercera persona. Lo comercial. Como sabrás, pertenezco al tres por ciento restante. ¿Argumentos? La tercera persona me produce una güeva cósmica.

Ahora respecto a la repetición ya dejó de preocuparme. Antes de ti, Pepe Chong, empresario, amagó bien bolo, por razones extraliterarias, que no iba a volver a leerme porque siempre escribía de lo mismo. Bien. Desde antes de mis intentos por escribir un relato o un mamotreto de pronto leía a alguien, a varios, esta frase: “Siempre estoy escribiendo el mismo libro”. Por supuesto me acogí, y me acojo, a esa divisa. Consciente trato de evitarlo en los mamotretos, si bien no en las Turbocrónicas. Éstas se han convertido en una tarea desgastante, pero no puedo evitarla\$. Satisfago también el prurito reporteril de ver publicado hoy (¡hoy!, ¡hoy!) lo escrito ayer.

No podré escribir nueve novelas más, calculo, en las cuales invierta el porcentaje de noventa de ficción y diez de realidad. Pero me llevarán a la tumba con una sonrisa de lado porque habré cumplido el propósito de ajustar cuentas con mi padre y con la realidad. Lo cual, ahora lo sé, hubiera sido muy sencillo. ¿Sabes qué le subleva? El uso de palabrotas. De haber sabido no escribo nueve mamotretos. Con dos o tres relatos repletos de leperadas hubiera ajustado cuentas, y enseguida habría escrito mamotretos rebosantes de imaginación. Lamento que la realidad perviva campeando y arrasando espíritus como el mío, como el nuestro, querido tío. Pero ya serán otros quienes empleen sus enloquecidas lanzas contra los molinos depredadores josdeputa, papi. 🐱